

PRECIO DE SUSCRICION.
EN MADRID:
 Por un mes. 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por seis id. 21 »
 Por un año. 40 »
 Sale los miércoles y sábados; venta pública los jueves y domingos.
 La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
 Huertas, 10, principal.
 No se sirve suscripción cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.
EN PROVINCIAS.
 Por tres meses, en la Administración. 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Un año id. 50 »
 ESTRANJERO, tres meses. 30 »
 ULTRAMAR, un año. 6 pesés.
 Se suscribe en la Habana.—Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
 Huertas, 10, principal.
 Toda suscripción hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ

A Eusebio Blasco, en Alicante, ó donde se hallare.
 Voy, porque así lo quiere mi destino,
 á coger una cítara empolvada
 y á echar unos tercetos por lo fino.
 Escesos de una vida regalada
 entre toros, conciertos y caballos,
 y diez horas, lo ménos, de almohada;
 Me tienen tan orondo, que los fallos
 del respetable público soporto,
 como soporto mi dolor de callos.
 Hoy con el pensamiento me trasporto
 á los lugares donde andar solia
 otros veranos,—y me quedo corto.
 Playas alegres al nacer el dia,
 áuras errantes al caer la tarde,
 campos risueños, soledad umbría:
 Sí, de mi juventud haciendo alarde,
 también un tiempo os admiré de cerca,
 ya solo os digo que el Señor os guarde.
 Y si la mente sublevada y terca
 quiere escaparse, le daré un bromazo
 del Manzanares en el agua puerca.
 No pocas veces al tenderme un lazo,
 que decir tengo á la traidora mente
 lo que le dijo la sarten al cazó.
 Bien estoy en Madrid, entre la gente
 que por necesidad ó por costumbre
 goza sin el menor inconveniente,
 Ya de un hermoso sol la viva lumbre,
 ya tomando en la Iberia algun sorbete
 ó en la taberna próxima una azumbre.
 Desde el sábio más sábio hasta el zoquete
 hacemos en la corte el mes de julio
 una vida ¡oh placer! de rechupete.
 No falta un sucesor de Marco Tulio
 que en los cafés perore por su cuenta,
 diciendo que anda prófugo el peculio.
 No es verdad, que aquí todos tienen renta
 para vivir en grande, amigo mio,
 y aquel que no la tiene se la inventa.
 Mas basta de prefacio, y al avio,
 que tengo que decirte algunas cosas
 para que cumplas un deber tardío.
 Eusebio, de Alicante, si me acosas,
 diré que es cierta tu opinion; más, Blasco,
 ¿qué, son moco de pavo las hermosas?
 ¿Eres un viejo á quien le causan asco,
 pues nada de ellas en tu carta dices,
 ó acaso lloras prematuro chasco?
 Lo que comprendo en otros infelices,
 de tí me estraña, que aunque gastas lente
 sé que ves más allá de tus narices.
 ¿Nada tu pecho al contemplarlas siente?
 ¡Tú estás malo! ¡Por fuerza! ¿Qué carcoma
 injusto te hace ser, alma inocente?
 Si alguna por espíritu te toma
 al verte flaco y con la barba lacia,
 en boca de una bella es una broma.

Y para lance tal, ten diplomacia;
 te sonries, la sueltas un piropro,
 como diciendo:—¡Holé, viva la gracia!
 El hombre en estos casos dice: «copo»
 que la hermosura es el placer, y al cabo
natura e bella variando troppo.
 Yo, que tu fresca inspiración alabo,
 de ese silencio me lamento ahora;
 mas ¡te perdono! y de escribir acabó,
 que ya despunta por Madrid la aurora.

Luis Rivera.

CHARLEMOS UN POCO

Un doctor más.—Un premio nuevo en España.—Dos instrumentistas.—Una incógnita por despejar.—Hipótesis desca-

belladas.
 Bien dicen, que todos nacemos predestinados: lo difícil es saber á qué.—Hasta hoy ereían muchos que Bismark habia venido al mundo solá y exclusivamente para reformar el mapa de Europa y arruinar á unos cuantos editores de atlas geográficos segun el sistema antiguo; pero nadie sospechaba que bajo tan engañosas apariencias se ocultase el embrion de un doctor en filosofía. Eso es lo que acaba de poner en claro la universidad de Hall, admitiendo en su claustro al ministro de Prusia y collocando en su cabeza la borla doctoral. Yo no sé qué ejercicios se harán de ordinario en las universidades alemanas para obtener el mayor de los grados académicos; pero sospecho que en el caso presente se habrá dado por satisfecha la docta facultad con el ejercicio á la prusiana ejecutado un año há en el paraninfo de Sadowa. Para muestra basta un boton, y allí quedó probada la suficiencia del doctorando.

Algo más complicados, aunque ménos eficaces, deben ser sin duda los ejercicios practicados estos dias en el concurso abierto para la adjudicación de premios en el Conservatorio. Sin embargo, casi todos los concurrentes han sacado también astilla. En el certámen actual han optado por primera vez al premio de armonía las alumnas del establecimiento, y una de ellas ha merecido el segundo puesto en la lista, con general aplauso. Si, como es de esperar, entran sus compañeras en deseos de imitarla, el estudio de este ramo importante del arte musical, puede dar resultados cuya importancia salta á la vista si se considera que la falta de armonía en los matrimonios es casi siempre por culpa de la mujer.

Solo una cosa echo de menos en la lista de recompensas que me suministra estos datos: entre los diferentes instrumentos cuya enseñanza se da en el Conservatorio, falta uno más importante de lo que á primera vista parece. Hablo de la pandereta. Yo mismo estaba muy lejoso de sospechar toda su trascendencia, cuando ayer me la dió á conocer un cartel del teatro de Novedades. En él vi anunciado que á beneficio del Sr. García se preparaba, entre otras cosas, «un intermedio de panderetas con acompañamiento de orquesta.» Cierta ocupacion imprescindible me impidió averiguar si los instrumentistas á cuya habilidad estaba encomendada esta parte de la funcion, correspondian dignamente á las promesas encerradas en el anuncio, ó si, por el contrario, la pieza

prometida recordaba en alguna manera el suculento guisado de piedras que cierto sargento condimentaba con acompañamiento de jamon, perdices y otras frioleras.

Aun suponiendo que el éxito sobrepusiera las esperanzas del público, y que en la noche del lunes sonase la hora de la regeneracion para tan apreciable instrumento, todavia me atrevo á dudar que los dilettanti parisienses quedasen satisfechos si los mil profesores encargados de solemnizar filarmónicamente la distribucion de premios en la Exposicion universal, hubieran determinado de comun acuerdo adoptar para este fin la pandereta con exclusion de todo otro aparato eufónico. Problemático me parece que el mismísimo doctor Bismark posea la cantidad de filosofía necesaria para escuchar resignado por espacio de diez minutos un *tutti* de mil panderetas,—sin acompañamiento de orquesta.

**

Yo creo, á pesar de todo, que semejante novedad artística podria ser útil en los momentos actuales, siquiera para distraer la atencion del público francés, y hacer que olvidase por un momento á la misteriosa amazona cuyo rostro invisible, segun *La Correspondencia*, tiene inquietos los ánimos de los concurrentes al Circo de la Emperatriz. Parece ser que esta notabilidad coreográfico-ecuestre se presenta siempre con un antifaz, sin que hasta hoy hayan conseguido sus admiradores ver un átomo microscópico de aquel rostro impenetrable. Hombre hay que por descubrirlo daria la mitad de sus deudas. Pero ¡nada! más fácil sería descubrir las obras literarias del académico Valle.

Al fin ha declarado un periódico que la incógnita es la mujer de Garibaldi, cuya trágica historia, segun *La Correspondencia*, es conocida de todos.—A consecuencia de tal nueva parece ser que algunos curiosos han escrito al general pidiéndole las señas personales de su consorte para averiguar, con ellas á la vista, la verdad del caso. Yo pongo en duda la eficacia de tales medios inquisitivos. Por el pronto, las señas visibles de una mujer son más fáciles de pedir que de dar. Desde que la mitad mas hermosa del género humano tiene por auxiliares de sus hechizos el albayalde, el arrebol, los lunares artificiales, las tinturas para el cabello, el cabello para las tinturas, y otros productos perfeccionados de la industria moderna, ¿qué inspector de policia puede garantizar la exactitud de las señas en una cédula de vecindad?

Además, las señas capaces de producir certidumbre en caso tan peliagudo, no son para observadas con la quietud que ofrece un caballo dando vueltas á galope. Las señas generales nada indican; y cuando un narrador se contenta con decir en términos vagos: «La tapada es una dama que luz derrama de sus negros y rasgados ojos de sol.»

solo la perspicacia con que ha dotado el cielo á los coristas de zarzuela puede poner al pié de semejante retrato, sin temor de equivocarse:

«¡¡¡¡¡Doña Leonor!!!!»

Además, yo quiero suponer que un marido pazguato (nunca Garibaldi), en un momento de expansion inverosímil descendiese á interioridades más ó ménos comunicables, y que fiando sus confidencias al telégrafo, dirigiese á los curiosos el siguiente parte:

«Enterado, maldicion, señas particulares, sobrehueso rodilla derecha, lunar talon izquierdo, cicatriz golondrino sobaco idem.»
 Pregunta mi curiosidad, ¿de qué servirían tan intere-

santes pormenores al curioso agente investigado?—Con deshonrosas excepciones, las mujeres, aun siendo Amazonas del circo, no suelen mostrarse dispuestas á exhibir por mera indicacion del primer advenedizo los signos necesarios para identificar su persona. Por otra parte, ó la gentil desconocida desea como parece guardar el incógnito, en cuyo caso no es probable que facilite los medios de averiguar su filiacion, —ó no tiene interés en ocultarla, y en tal supuesto ménos le costará quitarse la careta que cualquier otra prenda de vestuario por ligera que sea.

Inútil es advertir que las anteriores consideraciones descansan sobre dos hipótesis, ambas descabelladas. La primera consiste en admitir que los curiosos hayan dirigido tales preguntas á Garibaldi, lo cual por el solo hecho de referirlo *La Correspondencia* es ya inverosímil en grado eminente. La segunda se reduce á suponer que Garibaldi consienta en remitir las explicaciones pedidas, cosa más inverosímil aun, conocido el carácter del personaje. Dando de barato que llegase á sus manos consulta de tal especie, lo probable sería que el telegrama de contestacion estuviese redactado en estos ó parecidos términos:

«Pregunta necia, ingenio romo, puntapié primera ocasion.»

Tal en sustancia sería la respuesta, y dudo que á semejante argumento hallasen réplica satisfactoria los filósofos más sutiles del mundo, —incluso el doctor Bismark.

Federico Balart.

DESDE EL SUIZO A LA SUIZA

En Alicante.

Cualquiera dirá que estoy loco, y que lo pruebo emprendiendo viaje tan largo y molesto.

Ir á Suiza y á Italia comenzando por Alicante, puede ser muy bien un disparate, si el que lo pone por obra no se lleva más propósito que el de salir de Madrid á tomar el fresco.

Pero yo creo, y Dios me lo perdone, que es gran bellaquería ir á conocer la tierra extranjera sin conocer antes la tierra propia; y sería hacer demasiado honor á los suizos y á los italianos darles la preferencia sobre los valencianos y los catalanes.

Por otra parte, yo no dudo que en Alicante hace mucho calor para todos los forasteros; pero hay un forastero á quien hasta el mismísimo sol se ha propuesto dar muestras de consideracion y aprecio, y ese forastero soy yo.

Así es la verdad, amigo Luis Rivera.

¿Crees tú que iba á achicharrarme en lo que algunos llaman la zona tórrida de España?

Error crasísimo.

Llegué, y dijo el sol que estaba de buen humor. Desde que senté el pie en tierra, los alicantinos decían que el tiempo refrescaba.

¿Quién, conociéndome, creyera que había yo de ir á Alicante á dar el soplo?

Y como todo debía seguir una misma ley, lo que empezó en el sol continuó en la tierra.

Diez minutos antes de llegar á la ciudad sabía yo que en ella no tenía más que un amigo.

Diez minutos despues de haber llegado, ví que tenía muchos.

Eduardo Lopez, antiguo y consecuente amigo mio, casi casi un hermano, me aguardaba en la estacion, acompañado de un caballero simpático desde el hongo á las botas, ex-periodista, ex-liberal y ex-flaco. D. José se llamaba, y se llamará probablemente en este momento. Se sabía de memoria todo lo más notable que ha publicado GIL BLAS, y llevaba anteojos azules. En una palabra, era todo un apreciable sugeto.

En un instante llegamos á la casa donde Eduardo vive, en compañía de D. José y de dos excelentes muchachos, Carlos y Adolfo Paes, con quienes bien pronto hice lo que en España llamamos *buenas migas*.

A poco rato, y cuando todavía no habíamos acabado de almorzar, comenzaron á venir mis amigos.

Eduardo se había encargado dias antes de anunciar mi venida, y no sé á quién agradecer más el obsequio, si á él, por ocuparse tanto de mí, ó á ellos, que sin conocerme anteriormente y solo por aprecio á un apellido que nada vale, se apresuraban á saludarme.

Y ahora te voy á contar una cosa, que comprenderás perfectamente. Muchas personas, al verme, se quedan muy paradas y como dudando que yo sea yo. ¿Recuerdas aquella pieza de Ventura de la Vega, en que se anuncia que va á venir un actor cómico, y en cuanto se presenta en el umbral de la puerta, ya se echan á reír todos los personajes?

Pues una cosa parecida me está sucediendo desde que salí de Madrid; hay quien se dirige á verme y se viene riendo por el camino; pero al encontrarme serio y con esta cara trasnochada, más de dos y más de cuatro po-

nen la suya de un modo que parece decir:—¡Nos ha fastidiado!

Si á eso se agrega mi completa inutilidad para hacer frases, mi carácter sombrío, y mi poca salud, ¡figúrate qué desencanto para los aficionados!

Uno me decía que se figuraba que yo era gordo y viejo. Otro me aseguró que esperaba encontrarse con un hombre rubio y muy hablador. ¡Qué sé yo! Hasta hay algunos que se figuraban que yo sería guapo. ¡Ya ves, qué país!

Una muchacha bonita, que pasó por cerca de mí con un cántaro en la cabeza, se asustó de verme, y le dí lástima sin duda, porque dirigiéndose á otra que con ella iba, y con cierto aire de compasion, exclamó:

—¡Parece un espíritu! (1)

Un espíritu debía yo de parecer segun estaba, falto de salud, peseroso aun de la partida, y estropeado con el viaje.

Tales fueron los preliminares de mi primera estacion.

Hablemos ahora del país y del paisaje.

Alicante es una poblacion incomprensible. Se duerme al arrullo del agua, y no tiene agua para beber. Está á dos pasos de plantaciones grandisimas, y si mira á su alrededor, no ve un árbol. Posee la tierra mejor para toda clase de cosechas, y sin embargo, las cosechas faltan, porque no hay riego posible.

¡Una poblacion sin agua! ¿Qué ha de hacer uno más que beber vino?

Mira qué diálogo tan desconsolador:

—¿De qué agua se hace más uso en este país?

—Del agua de lluvia.

—¿Y cuándo suele llover aquí?

—Nunca.

Esto me lo han dicho muchas personas á quienes he interrogado. Es decir, que en Alicante la pródiga naturaleza hace tales economías, que á estas horas debe ya prestar dinero á rédito. Puedes creer que si yo fuera millonario y viviera aquí, á cada cristiano que rezara le había de pagar los padre-nuestros á quimientos reales uno con otro.

Decía que Alicante era una ciudad incomprensible, y ahora te diré que mejor fuera llamarla incolora. El viajero llega, oye hablar en buen castellano, y se cree que está en una poblacion de Castilla; pero de pronto oye conversaciones en valenciano, y ya la imaginacion se cree que está vagando por los espacios... de Valencia. Las calles, las casas, las afueras, se parecen á todas las afueras, casas y calles de otras partes. No hay nada que tenga sello especial, color local. Harto de buscar lo característico de esta ciudad, pregunté por la música del pueblo. ¡No hay música! Todo lo más que se oye es una rondeña insípida, sin alma ni cuerpo. Te parecerá imposible si te digo que los labradores y la gente del pueblo cantan trozos de zarzuela, por no tener otra cosa más á mano ó á boca.

Pero, en cambio de todas estas *pequeñeces*, que al fin y al cabo pequeñeces son para el viajero que solo las sufre breves dias, hallo en Alicante una gran cosa, que yo no olvidaré nunca.

El trato.

No se puede dar gente más amable ni corazones más dignos de admiracion. Hay aquí toda la franqueza riojana, delicadamente adornada con la cortesía madrileña, y sobre todo hay lo que tanto escasea en todo el mundo. La gratitud.

Y bastará citar un solo hecho para prueba.

Hubo en Alicante un gobernador, llamado Quijano, persona muy de apreciar por el interés que demostró en favor de los alicantinos.

Invasió el cólera la ciudad, y Quijano se multiplicó, atendió á los enfermos, los consoló, los curó, condujo los cadáveres, socorrió á las familias, fué, en una palabra, el padre de estos buenos habitantes.

Desde entonces, Quijano es el patron de Alicante; se le venera como á un santo, se guarda su memoria como se guarda la de la madre que se ha perdido ó la del hermano que ha muerto. No hay opinion política tratándose de Quijano. No hay una casa en Alicante donde no haya un retrato de Quijano en el testero principal de la sala. En la Casa consistorial, en el Casino, en todas partes, retratos de Quijano, inscripciones, versos, recuerdos queridos que demuestran hasta qué punto son agradecidos los alicantinos.

Desde el recuerdo que se manifiesta tan públicamente hasta el que va expresado en palabras cariñosas y en abrazos dados con toda la sinceridad de un cariño tan pronto vencido como fortificado, el pasajero que se detenga en Alicante no me dirá nunca que he exagerado en estos renglones.

En cuanto á la gente del campo, es sencilla por extremo, cándida, de buena fé, y capaz de dejarse convencer por cualquiera.

No te he hablado del mar.

Quisiera tener aquí á todos los hombres que por espacio de veintitantos años me han estado llenando la cabeza de aire, ó mejor dicho, de agua, asegurándome que iba á quedarme vizzo en cuanto viese el mar por la vez primera.

(1) ¡Parece un espíritu!

Yo me miro al espejo y veo que conservo los ojos derechos y sin vizcar, y me pregunto á mí mismo, ya que no tengo á quien preguntárselo: ¿qué pasta tendré yo diferente de la de los demás para que el mar no me haya causado más que una impresion agradabilísima?

Yo estaba esperando llegar á la orilla del mar, tender la vista, y... ¡cataplum! caerme de espaldas y tener la boca abierta una temporada. Cuando ménos un semestre.

Me figuraba que á la vista del mar se me pondrian los pelos lo mismo que el gorro de un indio bravo, y se me pararía el reloj y me dolerian las uñas.

Creía que llegar al mar y dar un respingo, sería para mí una misma cosa.

Pero nada de esto me ha sucedido.

¡Oh, Dios mio! ¡Qué desgraciado soy!

Vengan Vds. acá, los exageradores, asesinos de los éxitos, enemigos simulados de los grandes efectos; ¡no comprenden Vds. que colocándose en la orilla y no viendo orilla en el lado opuesto, el mar no es otra cosa que un rio grande partido por la mitad?

Y no es esto decir que el mar no me guste, no. Me encanta, me extasia; he dado por él grandes paseos en bote, besado por la brisa, escoltado por la blanca gaviota, que parecía brindarme sombra con las tendidas alas; y adormecido al caer de la tarde por el cariñoso arrullo que arranca el remo al agua, he visto ponerse el sol detrás de las olas entre nacarados celajes.

Bello es el mar, como espejo del firmamento. Sus frescas ondas y sus dulcísimas brisas parece que dan consuelo al alma y ensanchan el corazon y se llevan, ¡Dios sabe dónde! el suspiro que el pecho les confia.

Pero á pesar de eso, amigo Luis de mi alma, el mar es un plagiario insolente y un adúlador que me da lástima.

No hace más que lo que el cielo quiere.

¿Está el cielo azul? Azul está tambien el mar. ¿Está el cielo verde? El mar se pone inmediatamente verdoso. Y cuando el cielo se cubre de nubes y retumba el trueno, el mar se oscurece, frunce el ceño y ruge de una manera terrible.

Entonces parecen dos compañeros.

¿Lo son? Yo creo que son dos hermanos.

Dos hermanos, á quienes no puedo ménos de querer, pero pese á los que me han exagerado la grandeza del mar y su inmensa influencia sobre el alma, créame todos, bello es el mar, pero lo es más el cielo.

El cielo está en los ojos de la mujer á quien se ama.

Y en el amor del hombre.

Y en la sonrisa del niño.

El mar es el llanto. El cielo es la sonrisa.

El cielo está en todas partes, el mar en algunas.

El mar abisma, el cielo protege.

El primero asombra, el segundo consuela.

Y cuando los naufragos se ven presas de las olas, y cuando el desdichado agarrado á la tabla ve perdidos para siempre todos los lazos que le ligaban á la tierra, y piensa en la madre, y en el hermano, y en el amigo, y en la mujer que le espera, y el abismo va á absorberle y á devorarle sin piedad ni duelo, abandona la tabla, murmura la oracion, y tiende los brazos... al cielo.

Porque él es lo último que se pierde.

Porque él es la esperanza.

Todo esto pensaba yo una tarde mientras los compañeros que paseaban conmigo en el bote cantaban una copla entre triste y burlesca.

A poco desembarcamos, y fuimos á comer.

En la mesa conocí á Maisonnave, un jóven de mucho talento, que figura en primera línea en Alicante. Al doctor Ausó, cuyos glóbulos me han curado en una hora un dolor de cabeza que no me curó la alopatía en un año; al jóven poeta Ortega Gironés, cuyos *cantares* me han causado una grata impresion; á Carlos Sanchez, un carácter angelical, y á Pineda, un escritor á quien envidio de todo corazon su buen humor y sus graciosísimas ocurrencias.

Es doloroso en extremo para mí no poder agradar (y aun de esto no estoy seguro) al respetable público sino valido de una pluma y algunas cuartillas de papel. La operacion no deja de ser penosa. Me agradaría más ser Eduardo Inza ó Ramon Correa, ó cosa por el estilo, aunque escribiera todavía ménos que esos dos haraganes amigos míos.

Pineda es uno de esos hombres que dicen mucho, y muy gracioso. Mientras comimos se le ocurrieron tan buenas cosas, que era punto ménos que imposible contener la risa ni por un instante.

Se acabó la comida, y para que no me fuera de Alicante sin ver campiña y vegetacion abundante, se proyectó un viaje al cercano pueblo de Elche.

Algunas vueltas por el paseo de la Reina completaron aquel dia.

Al retirarme á casa oí algunos trovadores en varias calles hablando con sus novias, que estaban por los cuartos terceros.

Esto dicen que es muy frecuente en esta ciudad.

¿Cómo amarán aquí los sordos?

Eusebio Blasco.



Recuerdos del pasado.

—Voy á echar un memorial al Refugio, para ver si me dan los baños. ¿Se acuerda Vd. cuando el conde me compró coche?
 —¡Ay! ¡sí señora! entonces era cuando yo corría la posta con aquel guardia de Corps.

LAS NOTABILIDADES DEL DIA

EN TODOS LOS RAMOS.

BENITO JUAREZ.

No he hecho más que anunciar para este número el retrato á la pluma de Benito Juárez, y si fuera á contar las cartas que he recibido pidiéndome la opinion que he formado acerca del último de sus actos que le ha puesto á la moda, tendria más que hacer que el ministro de Hacienda de Italia.

No contaré las cartas,—en cuanto al acto, pienso como todos los demás periódicos.

No era necesario tanto en estos tiempos para adquirir celebridad.

Y esto me recuerda que hace muy poco me dijo un aprendiz de novelista:

—¿Qué haria yo para adquirir nombre, ese nombre que exigen los editores al que les lleva un manuscrito?

—Una cosa muy sencilla, le contestó un amigo que estaba al lado nuestro. Salé Vd. á la calle en el traje primitivo de Adán y Eva, procura Vd. que le vea un redactor de *La Correspondencia*, y al dia siguiente lleva usted su novela á los Maninis.

—¡Ah! sí; pero el rubor...

—En ese caso no le queda á Vd. más que un camino; imite Vd. á Dumollard, el seductor de las criadas, el que despues de tenderles la red amorosa, las estrangulaba en el vecino imperio, y cuando haya Vd. despachado diez alcarreñas, doce asturianas y una gallega, se deja Vd. prender, le juzgan, le sentencian á muerte, y aprovecha Vd. este momento de reputacion para ofrecer su novela á Guijarro.

La receta es terrible, pero eficaz.

El público es así: muere un santo varon que ha empleado su vida en obras caritativas, y solo algunas comadres se disputan los pedazos de su levita ó su sotana.

Si se le ocurre—al muerto—publicar sus Memorias, sirven, despues de mucho tiempo de almacenaje, para envolver especias.

En cambio, se han hecho ya á estas fechas cien ediciones de la *Vida y milagros del guapo Francisco Estéban*, que dicho sea de paso, era bastante feo.

Desgraciadamente, Juárez se presenta hoy á la Europa culta levantando la bandera de la independenciam de su patria sobre las ruinas de un imperio, ensangrentadas con la sangre de un desdichado príncipe, en medio del profundo dolor que este acontecimiento despierta en los corazones generosos y humanitarios.

Benito Juárez es lo que se figuran mis lectores despues de conocer cualquiera de los actos de su vida política.

Y si no, conteste Vd., lector, á mis preguntas: ¿cómo se lo figura Vd., alto ó bajo?

—De una estatura regular.

—¿Gordo ó flaco?

—Más bien tirando á gordo.

—Perfectamente. ¿Moreno ó rubio?

—De un color bronceado... se ve que corre por sus venas sangre india.

—¿Y sus facciones?

—Indias tambien: la frente deprimida ó achatada, como se dice vulgarmente; las mejillas prominentes, la nariz ancha, los ojos pequeños, pero muy negros y muy vivos.

—¿Y el cabello?

—Comienza á blanquear, porque ya pasa de los sesenta años.

—Muy bien, muy bien: es tan fiel el retrato que acaba Vd. de hacer, que cualquiera diria que le habia usted visto.

—Y tendria razon.

—¿Será posible? ¿Vd. ha visto, Vd. ha conocido á Juárez?

—Hará cosa de un año que, estando en Nueva-York en una fonda, se paró á hablar con un amigo mio el mismo Juarez en persona, y con este motivo...

—Mire Vd. qué casualidad... pero tome Vd. asiento... cúbrase Vd.

—Mil gracias.

—¿Vd. fuma?

—Vegueros solamente.

—Muchacho...

—Señorito.

—Corre á la calle del Príncipe... ya sabes dónde, y trae una caja de vegueros.

—No se moleste Vd.

—Nada de eso, amigo mio; tengo el mayor gusto...

¿Con que Vd. ha conocido á Juarez?

—Sí señor.

—Pues mire Vd., lo que va Vd. á decirme acerca de él es tanto más precioso, cuanto que ningun biógrafo moderno se ha tomado el trabajo...

—¿Es extraño!

—Sí señor... con que, dígame Vd., ¿será un hombre temible, casi una fiera?

—Es un hombre de voluntad de hierro, de un carácter enérgico; tiene gran semejanza con el leon, pero ya sabe Vd. que el leon no es tan fiero como le pintan.

—¿Ama á su patria?

—Con delirio.

—¿Y fué en sus mocedades un simple abogadillo, como cuentan?

—Ni más ni menos que un simple abogadillo. Escaso de fortuna en su juventud, su vida ha sido una continua lucha. Asistió como mero espectador á los primeros combates de la revolucion mejicana. Combatió entre las masas liberales como un simple soldado el primer imperio de Iturbide: defendiendo pleitos y escribiendo en periódicos, llegó á figurar en política; por este camino llegó á la puerta de la Representacion nacional; se la abrió con la palabra, ganó terrenos, figuró entre los hombres más importantes, y colocándose al frente de Miramon, que representaba el pasado, llegó á ser el emblema del porvenir.

El año 62 fué elegido jefe supremo de la república, y desde entonces él solo ha sostenido esa lucha tenaz, y desgraciadamente fratricida, que se ha desenlazado últimamente.

Arrojado de Méjico por los ejércitos franceses, se refugió en los Estados-Unidos, y desde allí vió con paciencia colocar una por una las piedras del edificio del imperio.

Ni un solo instante ha dudado de su triunfo: contraia empréstitos, fracasaban, buscaba dinero de cualquier modo, sostenia las guerrillas, y las chispas revolucionarias impulsadas por él producian el incendio en distintos lados. Cuando le ví en Nueva-York cayó enfermo.

El médico que le asistió temió por su vida.

—No hay cuidado, doctor, le dijo Juarez; estoy resuelto á no morirme hasta arreglar los negocios de Méjico.

—Pero ese hombre tan perseverante, tan severo, tan cruel, ¿será intratable?

—Es lo más afectuoso que puede Vd. imaginarse; la intimidad es su elemento; y si como yo creo no ha cambiado, lo mismo ahora que antes, para verle de buen humor basta contarle un chascarrillo de los más picares.

—¿De verás?

—No hay ninguno con más gracia que él para salpicar la conversacion de frases ingeniosas, de cuentos des-cotados, de anécdotas equívocas.

La bella mitad del género humano ha sido, siempre, y es, á pesar de sus sesenta años, su verdadero ídolo.

Ahora si Vd. no manda otra cosa, amigo Gil Blas, me retiro.

—Gracias por todo: voy á escribir en seguida lo que usted me ha indicado.

Dicho y hecho.

Gil Blas.

CABOS SUELTOS

Los periódicos copian estas líneas de *La Esperanza*:

«Jesucristo condenó á la mujer adúltera á la pena de muerte.»

Repito que lo dice *La Esperanza*.

Balada española.

Cuando te piden que des un duro con esta frase: «por compasion,» cierras las puertas y desde adentro dices que no.

Mas si al pedirlo te dan un trómpis, aunque no digan «perdone usted,» abres las puertas, largas el duro, y no hay de qué.

El número de periódicos destinados al clero aumenta cada dia. Todos ellos solicitan la proteccion,—y la sus-cricion,—de las personas dedicadas á la Iglesia, que por su ilustracion y claro juicio, no han menester de mento-res legos.

Sin nombrar *El Amigo del Clero*, ni el *Boletin del Clero*,—ni los antiguos periódicos, como *La Esperanza*, *La Regeneracion*, *El Pensamiento*, *La Lealtad*, *El Es-piritu Nacional*, *La Cruz*, de Sevilla, *La Perseverancia*, de Zaragoza, y otros muchos políticos, vengamos á los que ahora salen en Madrid en demanda de la pro-teccion—y de la suscripcion—del clero.

La Teocracia,

El Poder temporal,

La Cruzada,

Y otros.

Creerán Vds. que son muchos periódicos, pero no lo creerán si tienen en cuenta que todos ellos opinan porque no debe haber periódicos.

Leo en un periódico de la Habana:

«Se da en alquiler un negrito de 11 años, propio para lo que quieran hacer de él.»

Hé aqui un anuncio franco; Vd. alquila ese negrito, echa las cuentas con los años que tiene, y lo aplica aun-que sea á servir de blanco en un tiro de pistola. Me parece bien, si señor.

Napoleon se ha llevado uno de los premios de la Ex-positcion. Lo que me estraña es que no se los haya llevado todos.

En la plaza de la Cebada:

—¡Hole, cuerpo bonito! ¿Va Vd. á la Exposicion, niña?

—¡Yol! ¿Por quién me toma usted?

Un chico habia robado un lente á un caballero.

—¿Para qué has hecho eso? le preguntó el juez.

—Para ver mejor la gente.

—¿Eres corto de vista?

—No señor.

—Entonces... Eso se llama robar... ¿qué dirias, tú si alguno te quitase la gorra?

—Diria á mi papá que me comprase otra.

El Iris de Barcelona

ya en la otra vida descansa;

lo siento, porque era neo

y me hacia mucha gracia.

Parece que hay algunas tiendas en Madrid que se re-sisten á dar los bonos de la *Asociacion mútua*, despues de estar inscritos como «asociados» en los libros y pros-pectos.

A estos señores debe decirse aquello de herrar ó qui-tar el banco.

Podemos nombrar á algunos.

Ya inauguró sus funciones el teatro Chino.

La compañía es buena, y el baile, aunque algo largo, no deja de tener lances.

Aconsejo á la empresa que procure dar toda la noye-bad posible á los espectáculos y economizar algo el bom-bo y platillo de la orquesta.

¿Qué es un *prefacio*? Una oracion para los muertos.

¿Qué es obra *póstuma*? La que se ha olvidado de en-terrar con el autor.

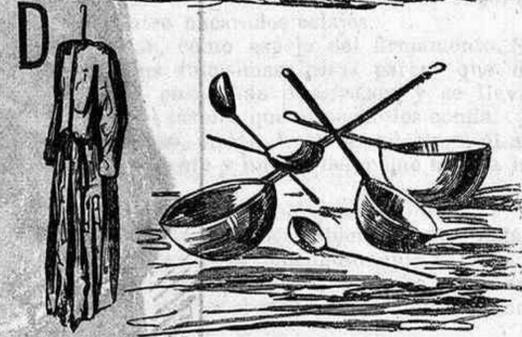
¿Qué es una *presentacion*? Un memorial en blanco.

¿Qué es una *verdad á medias*? Mentira entera.

PASATIEMPO

Solucion á las Charadas del número anterior:—1.ª Cabe- llo.—2.ª Cerroferario.

JEROGLÍFICO



CHARADA

En mi *todo* tocóle cierto dia á mi bella *segunda* con *primera* una cosa, y llenóle de alegría por ser de una *segunda* con *tercera*.

(Las soluciones en el número próximo.)

ANUNCIOS

SOCIEDAD VINÍCOLA EN ESPAÑA

AVISO Á LOS CONSUMIDORES

En la calle de Tetuan, núm. 3 antiguo y 23 moderno, si gue el despacho de los vinos tintos añejos, elaborados en las bodegas de la indicada Sociedad, bajo la direccion de Mr. Montalieu. Dichos vinos están premiados con medalla de 1.ª clase en la Exposicion de Bordeaux del año de 1865, y solo se espenden en el indicado despacho, el cual nada tiene de comun con cualquiera otro que se anuncie con un titulo análogo al de ésta Sociedad.—1

ENCUADERNACIONES

En el obrador de Vicente Martin, calle del Lobo, núme-ro 40, se glasea toda clase de papel con la mayor prontitud y economia. Tambien se doran letreros é iniciales sobre cintas, peta-cas, carteras, etc. etc.

BAZAR DE CALZADO

Calle de la Montera, núm. 2.

Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de becerro de una y dos suelas; de vaca, de charol y saten, charol y chagren. becerrillo fino y cabritilla, etc., etc. Lo más elegante de construccion alemana. Precios moderados.

EFICACIA

DE LAS PILDORAS DEPURATIVAS LAXANTES.

La acogida que ha encontrado nuestro específico dentro y fuera de España, indica bien claramente su importancia. Nuestras pildoras son el purgante más cómodo, más suave, más eficaz y más barato que se conoce. Curan los pa-decimientos del estómago, los del hígado, los que proceden de la crasitud de la sangre, los que nacen de un estado pletorio y congestivo, ya sea del pulmon ó del cerebro, los aneurismas, las jaquecas, las hidropesias, la clorosis, la hipocondria, la inapetencia, los dolores nerviosos, los in-somnios, el asma, las obstrucciones, etc.; destruyen la bí-lis, las lombrices, y proporcionan apetito, vigor y el sueño propio de la salud y el bienestar.

Puntos de venta: Madrid, Hortaleza, 9, botica; Cádiz, Jordan; Cáceres, Dr. Salas; Córdoba, Raya; Coruña, More-no; Badajoz, Orduña; León, Merino; Lisboa, Cabral; Mála-ga, Prolongo; Mérida, Guerrero; Jaen, Alvaro; Oporto, Araujo; Toledo, Duque; Salamanca, Villar; Vitigudino, Fer-nandez; Zamora, viuda de Escera.—2

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CEBEZA, 27.